

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y LA RECEPCIÓN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LA GENERACIÓN ARGENTINA DE 1837

Eugenia Ortiz

Universidad de Navarra

1.- Introducción

Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina* incluye a Juan María Gutiérrez (1809-1878) en el volumen sobre los proscriptos de la tiranía de Rosas. Lo estudia junto con Sarmiento, Echeverría, Mitre y Alberdi pero señala en él una falla casi imperdonable: no haber escrito una novela de envergadura, no haber creado ni personaje, ni fábula ni teoría particular (Amante, 2003: 164). Esta acusación cierta pero también injusta es comprensible en tanto que Rojas programó una obra ex nihilo, casi sin antecedentes de su tipo y sobre una materia, la literatura argentina, que incluso a principios del siglo XX había quienes cuestionaban su existencia (Barcia, 1999: 209). Además, Rojas consideraba, como otros, que la novela era la expresión más clara de la madurez de un pueblo y de una literatura y éste era el primer parámetro para considerar la capacidad de un escritor (Amante, 2003: 164).

Fundador del Salón Literario y miembro de la generación de 1837, Juan María Gutiérrez, como otros intelectuales criollos de América Hispánica, consideraba que la lecto-escritura era un pilar en la modernización de los nuevos países. Su inquietud por la literatura de origen local motivó muchos de sus artículos, compilaciones, estudios, biografías y ediciones. Promocionó a escritores de su generación, como Esteban Echeverría, de quien editó y analizó sus *Obras Completas* y fue responsable de la publicación póstuma de su célebre cuento “El matadero” (Fleming, 1986:79). Hizo muchos proyectos que por falta de tiempo y financiación quedaron en bosquejos, y entre ellos, el de conformar una historia de la literatura argentina (Barcia, 1999: 109).

Entre los miembros de la generación del 37 la cuestión del idioma y la literatura nacional eran primordiales: así como se había proclamado la independencia política de España había que lograr la autonomía cultural y trabajar sobre la identidad del nuevo

estado. A partir de esto, cabe hacerse algunas preguntas: ¿es posible estudiar la recepción de la literatura española en el Río de la Plata después de 1810?; ¿tiene sentido plantear la influencia cultural de España en un territorio conquistado por este país y sin fuertes huellas de culturas indígenas¹? Aunque parezcan preguntas redundantes, mi planteo presupone que la relación cultural con la Metrópolis fue especialmente conflictiva en las primeras décadas del siglo XIX. Si bien este proceso de autonomía no fue igual en todas las regiones, era común entre los liberales americanos, como los de la generación del 37 argentina, calificar lo hispánico como sinónimo de tradicionalismo, atraso cultural y fanatismo religioso.

2.-El idioma de los argentinos

En su primera intervención en el Salón Literario de Marcos Sastre, Gutiérrez plantea sus audaces ideas en el discurso “Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros”². En él hace referencia a las ciencias en general, luego habla de la literatura y sugiere con una pregunta la cuestión del lenguaje: “[¿] no habéis experimentado la necesidad de un libro escrito en el idioma que habláis desde la cuna?” (144). A continuación, desarrolla el tema de la ecdótica y la tarea de los alemanes que, como Schlegel, reeditaban obras del Siglo de Oro. Este comentario es utilizado como recurso erudito para arremeter contra la imaginación y el genio español al que compara con “un extendido lago, monótono y sin profundidad” (144). Gutiérrez se queda con pocos clásicos españoles: las églogas de Garcilaso y los poemas de Solís (145), son algunas de las pocas excepciones. Reconoce que sus juicios son duros, pero también sabe que repudiar al antiguo régimen era necesario para instaurar uno nuevo:

Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con [sic] ellas, y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres. Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero éste debe aflojarse de día a día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquéllos se produzca de bueno, interesante y bello (145).

Si la independencia cultural debe seguir los pasos de la política, ¿qué hacer con el idioma? La marca que los diferenciaba de España tenía que estar también en el lenguaje para que el argentino fuese un pueblo adelantado como el resto de Europa. De hecho, las variantes dialectales eran cada vez mayores en el Río de la Plata. Tanto en la primera pregunta como en esta parte del discurso, se propone no desligar el lenguaje

¹ Esta afirmación la hago con respecto a la región del Río de la Plata, en donde la mayoría de los pueblos aborígenes eran nómades y donde hubo una política de no inclusión –y más entrado el siglo, de exterminio– de éstos.

² En este trabajo utilizaré siempre la versión del discurso de Gutiérrez (1958).

oral del escrito y la influencia de otros idiomas. No sólo por las lecturas inglesas y francesas sino también por la cantidad de extranjeros que iban llegando, el castellano rioplatense iba incorporando palabras de otras lenguas. Esta intuición de Gutiérrez fue un hecho más adelante, y no como programa lingüístico sino como consecuencia de las políticas inmigratorias de Sarmiento cuyos resultados fueron inesperados³. De todos modos, la asimilación del dialecto rioplatense en la literatura, por ejemplo, fue un proceso lento signado por cuestiones sociales, económicas y políticas⁴.

Gutiérrez mantuvo esta actitud contestataria y romántica incluso en 1876 cuando fue nombrado por la Real Academia Española como “miembro correspondiente”. El crítico rechazó este diploma y a raíz de esto, surgió una polémica periodística con el español Juan M. Martínez Villergas en forma de cartas publicadas en el periódico *La Libertad* y firmadas por “Un porteño”, es decir, Gutiérrez⁵. En estas cartas, el crítico fundamenta la negativa a la distinción porque no se siente capaz de “cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana” (Gutiérrez, 1994: 27). Consideraba que el castellano hablado en el Río de la Plata no se podía fijar como pretendía la Academia por estar en permanente cambio y, aún más desde 1860 (28-29). Además, la aceptación como miembro de una Academia Real implicaba una relación de vasallaje que él no admitía:

Los americanos cuyos heroicos padres batallaron catorce años por conquistar la independencia, y gozan hoy de las instituciones republicanas, no puede afiliarse a comunidad alguna peninsular cuyos miembros (...) tienen todavía a honra besar la mano de un hombre y llamarse sus criados (53).

Gutiérrez también arguye que los argentinos no eran españoles en el modo de ser, que la prensa española ya no tenía influencia en ellos y que el humor, por ejemplo, no resultaba el mismo de un lado y otro del Atlántico: “(...) las imágenes, alusiones, modismos, juguetes de palabras, que pueden ser muy agudas en Madrid, por ejemplo, pasan aquí desapercibidos o hacen bostezar” (56). Algunos críticos consideran exagerada la reacción de Gutiérrez en un contexto social diferente al período romántico (Carricaburo, 1999: 117) donde era mayor el rechazo al inmigrante que al conquistador.

³ Me refiero al influjo de la inmigración masiva que según el programa de Sarmiento consistía en poblar Argentina con ingleses y fortalecer la raza, pero que resultó una migración española e italiana.

⁴ Para un análisis exhaustivo de este tema, ver Carricaburo (1999).

⁵ La primera edición de este debate se publicó en 1942 como “Cartas de un porteño”. Para este trabajo, sigo la edición de 1994.

Sin embargo, creo que estos temas estaban vigentes, sobre todo, en la literatura, por ejemplo, donde en novelas como *En la sangre* de Eugenio Cambaceres (1843-1888) también el nuevo español inmigrante es discriminado.

Además del tema de la lengua, el escritor reflexionó sobre el papel de los paisajes, palabras y costumbres autóctonas en las obras literarias locales. Como las novelas norteamericanas de James F. Cooper (1789-1851), la naturaleza y la geografía argentinas debían ser recreadas: “(...) y si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio” (Gutiérrez, 1958: 146).

Gutiérrez fue, junto con Alberdi, el único que rastreó las raíces de la literatura nacional antes de 1810. En una estadía en Lima descubrió muchas crónicas coloniales que editó y publicó. Fue precursor en concebir la historia y la literatura americanas como un proceso en el cual era empobrecedor eludir las producciones coloniales y virreinales (Weinberg, 1980: 300). Sus trabajos más conocidos al respecto fueron la edición de *El Arauco Domado* de Pedro de Oña⁶. Y en ámbito del Río de la Plata, estudió y analizó los viajes de Ulrico Schmidel y el poema *La Argentina*, de Martín del Barco Centenera⁷, así como también las producciones de Maciel y Lavarden. De estos trabajos se desprenden dos características interesantes del crítico: en primer lugar, en medio de un decisivo proceso de formación identitaria de los países independientes, él supo valorar el denominador común americano sin que sea en desmedro de la nacionalidad (Amante, 2003: 168)⁸. Incluso, estudió las raíces aborígenes de nuestra literatura en su tratado *De la poesía y elocuencia de las tribus de América*, siendo el primero en considerar este aspecto, aunque no contara con elementos etnográficos y científicos consistentes. En segundo lugar, la incorporación de un corpus virreinal

⁶ Esta conciencia de las obras coloniales como antecedentes literarios americanos, se puede ver también en “El Matadero” de Esteban Echeverría (1972), donde al comienzo del relato indica: “A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé ni la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban a hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos” (310).

⁷ Ver el artículo de Graciela Maturo (2000: 117-134) sobre el estudio e interpretación de Gutiérrez del poema de Centenera.

⁸ La tarea de compilación de poemas de “temas americanos” la concretó en la edición de dos tomos de una colección llamada *América Poética*. Esta obra fue precursora en su género y muchas veces plagiada (Weinberg, 1980: 299).

implica la primera recepción de lo hispánico en la historiografía literaria argentina. Como se sabe, los recursos retóricos y estilísticos de muchas de estas crónicas tienen sus antecedentes en modelos áureos y renacentistas (Pupo Walker, 1982). De esta manera, el elemento español, evidente para nuestra idea de influencia cultural de un virreinato, se va asimilando de a poco en el panorama cultural del nuevo régimen.

3.- La novela y el cuadro de costumbres: dos géneros de la *Joven España*.

Tanto Gutiérrez como Alberdi y Sarmiento, entre otros, declararon su proximidad ideológica a la Joven España: aquellos liberales españoles que lucharon contra la invasión napoleónica y cuyo horizonte también era el progreso (Larrañaga, 2002:123). La influencia de Mariano José de Larra en prosa y José de Espronceda en poesía se puede encontrar reiteradamente en la generación argentina. En el certamen literario de 1841 en Montevideo, por ejemplo, uno de los premios fue un volumen de poesías de Espronceda (Arrieta: 1948: 93). De Gutiérrez se conocen dos piezas líricas, “El capitán pirata” y “Canción del grumete”, que compuso en alta mar, inspiradas por el poeta español y por Lord Byron. En cuanto a la influencia de Larra, a partir de 1835 se conocieron varias publicaciones con el nombre de *Fígaro* en el Río de la Plata y el seudónimo *Figarillo* apareció firmando artículos en *La Moda*, el periódico de Alberdi.

Tanto el cuadro de costumbre como la novela fueron dos géneros literarios adecuados para desarrollar temas de carácter nacional, ya sea reelaborando episodios históricos o ridiculizando modos de actuar. La misión del escritor, como dijo Sarmiento, era la crítica a una sociedad en decadencia: “Quijotes, pues (...) se necesitan, que buscando aventuras y trabando por doquier caballerescas pependencias, extingan estos últimos restos de una época decrepita”⁹. Con esta “época decrepita” Sarmiento se podía estar refiriendo al pasado español o al gobierno federal de entonces, que muchos identificaban entre sí¹⁰. El objetivo de intelectuales exiliados estaba signado por la

⁹ Esta cita corresponde al artículo “Las obras de Larra”, aparecido en *El Mercurio* de Santiago de Chile en agosto de 1841. Reproducido por Rodríguez Marín (2006: 193).

¹⁰ Algo que llama la atención de esta frase es sin duda la metáfora del Hidalgo de la Mancha que el anti-español de Sarmiento usará frecuentemente (Rodríguez Marín, 2006: 194).

situación dicotómica que Rosas había instaurado¹¹ y lo que querían era criticar los modos populares para promocionar paradigmas de civilización.

Gutiérrez desarrolla en su novela histórica *El capitán de patricios*¹², el tema de la lectura y la educación como potenciadores del patriotismo y la civilización. Su protagonista, María, es una joven enamorada de un soldado de la independencia que ha sido instruida por su tío en lecturas de filósofos y escritores europeos. Prefiere las obras de Chateaubriand y Fray Luis de León antes que la costura. Antes que su enamorado parta a la guerra, los novios prometen casarse. Pero María jura que si el capitán llegaba a morir en combate, entraría en un convento. Al escuchar esta promesa y al verla cumplida, su tío se lamenta: “¡Yo soy, tal vez, quien te ha alejado de la dicha silenciosa y casera, dándote de beber demasiado en la copa de la poesía y presentándote espectáculos de la historia que han extraviado tu corazón del sendero de la verdadera dicha!” (*El capitán de patricios*, Gutiérrez, 1928: 78). Pero María prefiere esa educación a la vida analfabeta de cualquier mujer de entonces porque le ha permitido conocer el amor verdadero (79-80). La novela desarrolla el tema de la armonía entre la vida campestre y la cultural que el capitán de los patricios y el tío de María ven como perfecta. Este discurso implicaba entonces una clara referencia a un proyecto de unidad nacional que superara la dicotomía civilización-barbarie. Por otro lado, los personajes se comportan urbanamente pero el narrador también critica la falsedad de “(...) las reglas de la táctica hipócrita de los salones” (72). Esta relación entre las novelas y los manuales de conducta fue una constante en el proyecto de la América moderna (González Stephan, 1995: 431-455).

En los artículos de costumbres de Gutiérrez por el contrario, es ironizada la trasgresión de las reglas de urbanismo. Algunos de estos son “El encendedor de faroles”, “La conversación”, “Costumbres. Gente aparte”, “El hombre hormiga”, “Costumbres españolas”, todos conocidos inicialmente en *La Moda* y en *El Iniciador* entre 1838 y 1839¹³. En “Gente aparte”, por ejemplo, hay padres que visten como

¹¹ Me refiero a la oposición civilización-barbarie a partir de la cual quienes estaban a favor de modelos políticos y sociales europeos eran considerados enemigos de su causa, y por eso, de la patria. Para este punto, ver Viñas (1995).

¹² Lucio López insinúa que esta novela fue compuesta en Turín en 1843 (Rohde, 1928: 42).

¹³ La tesis doctoral de Bárbara Rodríguez Marín (2006) está dividida en dos tomos. En el primero se encuentra el desarrollo de su trabajo y en el segundo, se reproducen todos los artículos de Gutiérrez aparecidos en la prensa entre 1833 y 1852. Entre estos, están los cuadros de costumbres que en su

adultos a sus niños, hombres que hablan y se mueven en las obras de teatro, decoración autóctona y exagerada en las casas, salivaciones en cafés públicos. El arte de la buena charla cuyo modelo es el francés, se contrapone a la ridiculización de los tertuliantes que abusan del “yo” o que se alargan en describir sus anécdotas sin dejar a otros contar las suyas. Este artículo es “La conversación”: Gutiérrez adapta el dicho francés “vamos á conversar á la ciudad” a la geografía argentina y propone: “vamos a conversar a los desiertos” (Rodríguez Marín, 2006, II: 74).

El costumbrismo había llegado al Río de la Plata a principios del siglo XIX junto con la aparición de la prensa. En un primer momento, la influencia de este género provenía del costumbrismo inglés, francés, español y el de origen iconográfico (Rodríguez Marín, 2006: I, 192). El auge definitivo se dio con la rápida aceptación del modelo del Fígaro español¹⁴. Ejemplo de esto es “El hombre hormiga” que tiene una estructura similar a “El hombre-globo” de Larra. Su idea es describir un tipo humano a partir de una metáfora. El autor aprovecha los avances de la tecnología para hacer esta comparación con los globos a gas que se probaban por entonces en París. El hombre-globo de Larra es la clase de persona que asciende socialmente y no siempre en circunstancias claras. Es aquel que escala en el poder incluso a costa de la situación de su país. Uno de sus hombres-globos es Napoleón: “y si el mayor de todos fue a parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas” (Larra, 1997: 322). En este artículo hay además otras referencias a la situación política española de 1836, por ejemplo, la falta de espacio para las nuevas generaciones en la plaza pública. Sin embargo, ironiza al final de su relato: “Mi objeto ha sido pintar al hombre-globo de nuestro país; un artículo de física no puede ser largo; si fuera de política sería otra cosa” (324). Encubierto tras una inquietud científica, Larra trasciende lo anecdótico y reclama la igualdad social.

El hombre-hormiga de Gutiérrez también se distingue entre los demás: es un personaje: “de dimensiones mezquinas, cuyas facciones son rasguños que con dificultad acierta a copiar el pincel” (Gutiérrez, 1928: 36). El narrador emplea el estilo ya no de una noticia de tecnología o de física como Larra, sino de una de zoología, imitando la *Historia Natural* del francés Buffon. Para algunos críticos este artículo de costumbre es mayoría, nunca antes se habían editado ni publicado.

¹⁴ Para un desarrollo del costumbrismo en Argentina, ver Verdevoye (1994).

más bien una fisiología, una descripción de una clase de ser humano u objeto (Rodríguez Marín, 2006: I, 201). La fisiología del hombre-hormiga comienza con una focalización del narrador a vuelo de pájaro sobre la ciudad de Buenos Aires: el bullir de gentes remite a un hormiguero. Pero ya no se hace la comparación del personaje con otros, como los hombres sólidos y líquidos de Larra. Gutiérrez evita las comparaciones y relata la vida y evolución del avaro:

El hombre-hormiga muestra desde pequeñito lo que ha de ser cuando maduro: bien puede acariciarle la madre, ponerle miedo la nodriza, no ha de callar si no le dan dinero: tiene una alcancía y en ella guarda los reales que le da su padrino los domingos, o [los] recoge en el atrio de los templos en algún bautismo (36).

El dinero es su afición y su tarea diaria es lucrar y sacarle partido a cualquier situación para ganar, vender, comprar y rematar: “(...) no tiene opinión política ni sigue bandera más que la del remate (...) Si hubiera nobles entre nosotros, un noble hormiga debiera tener este lema en el escudo de sus armas: comprar a real, vender a peso” (38). Esto se une a su poca sociabilidad: “(...) no tiene amigos; su amigo es el peso; sus enemigos son sus semejantes, los otros hombres hormigas. El hombre hormiga no tiene conciencia, ni moral ni patriotismo; hipocresía, sí. Apenas habrá otro ser más inútil y perjudicial a la sociedad, si se exceptúa al pulpero genovés” (38). Una ciudad-puerto propicia esta clase de hombres-hormiga pero esta actividad mercantil no debe alejar a los ciudadanos de otros intereses: la política y la vida en comunidad. La presencia del elemento heterodoxo, un comerciante genovés, insinúa también una sociedad creciente y diversa, donde la conducta incivilizada debía ser denunciada.

4.- Conclusión

Para concluir, considero que la relación conflictiva con el modelo hispánico fue un proceso necesario en las nuevas sociedades americanas. En el caso de la generación romántico-liberal argentina, si bien promulgaron un divorcio manifiesto en ensayos, cartas y discursos, hubo también una revaloración de géneros cultivados por españoles como Larra y Espronceda. Esta unidad espiritual con la Joven España da la pauta que

los intelectuales argentinos rechazaban un modelo político y social y no a todo lo español por ser tal. Por otro lado, la reivindicación del pasado colonial fue una actitud intelectual que Gutiérrez mantuvo, muchas veces en contra de sus coetáneos, porque creía que rechazar lo anterior a 1810 era negar la evidencia de que la gesta independiente fue un proceso no una generación espontánea. Y aunque no llegó a escribir la primera historia de la literatura argentina, asumió el trabajo duro de la recolección bibliográfica y de los materiales sin sistematizar.

Sobre la cuestión del “idioma argentino” Gutiérrez también fue un precursor. Éste ha sido un tema de debate desde Américo Castro y Borges hasta los lingüistas que conformaron los planes de estudio escolares del castellano. Este punto de la lengua y la literatura argentina y su relación con la española, logró un hito de reconciliación en los festejos del centenario de la revolución de Mayo, alrededor de 1910. Entonces, no solamente se renovaron los lazos con España sino que además hubo un replanteo de la identidad nacional: la influencia extranjera era tan grande que los artistas y pensadores buscaron símbolos de unificación. Rescataron así elementos que en el pasado habían sido signos de la barbarie: la cultura hispánica y la literatura gauchesca.

BIBLIOGRAFÍA

- AMANTE, Adriana (2003): “La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez”, en *Historia crítica de la literatura argentina. La lucha de los lenguajes*, dir. J. Schwartzman, vol. II, Buenos Aires, Emecé, pp.161-190.
- ARRIETA, Rafael A. (1948): *La literatura argentina y sus vínculos con España*, Buenos Aires, Institución Cultural Española.
- BARCIA, Pedro L. (1999): *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Pasco.
- CARRICABURO, Norma (1999): *El voseo en la literatura argentina*, Madrid, Arco Libros.
- ECHEVERRÍA, Esteban (1972): *Obras completas de Esteban Echeverría*, ed. Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Antonio Zamora.
- FLEMING, Leonor (1986): “Introducción” en Esteban Echeverría, *El matadero. La cautiva*, Madrid, Cátedra, pp.11-88.

- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz (1995): “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público al privado”, en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, pp.431-455.
- GUTIÉRREZ, Juan M. (1994): *Cartas de un porteño: polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española, sostenida con Juan María Villergas*, ed. D. del Pino, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación/Corregidor.
- _____ (1928): *El capitán de patricios. “El hombre hormiga”*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.
- _____ (1958): “Fisonomía del saber español: cuál debe ser entre nosotros”, en *El Salón Literario*, ed. F. Weinberg, Buenos Aires, Hachette, pp.135-149.
- LARRA, Mariano J. (Fígaro) (1997): *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. A. Pérez Vidal, Barcelona, Crítica.
- LARRAÑAGA, Ángela (2002): “Entre España y América. Juan María Gutiérrez y la evolución del americanismo literario”, en *España y Argentina en sus relaciones literarias*, ed. E. Morillas Ventura, Lleida, Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, Universidad Nacional del Comahue (Argentina), Universitat de Lleida, pp.119-128.
- MATURO, Graciela (2000): “La doble lectura de *La Argentina* de Martín del Barco Centenera en Juan María Gutiérrez”, en *Estudios sobre literatura argentina. In memoriam Rodolfo A. Borello*, ed. J. M. Ruano de la Haza, Ottawa, Dovehouse.
- PUPO-WALKER, Enrique (1982): *La vocación literaria del pensamiento histórico de América*, Madrid, Gredos.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Bárbara (2006): *Juan María Gutiérrez y su contribución periodística (1833-1852) a la crítica cultural hispanoamericana*, vols. I y II, La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna.
- VERDEVOYE, Paul (1994): “Introducción” en *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- WEINBERG, Gregorio (1980): “Nacimiento de la crítica. Juan María Gutiérrez”, en *Historia de la literatura argentina*, dir. Susana Zanetti, vol. I, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 289-312.